

dos en las primeras contribuciones que componen el libro: su problemática científica e histórica; sus dimensiones estrictamente cosmológicas, biológicas y antropológicas; su dinámica histórica ascendente; sus bases historiográficas y paleontológicas, etc. Los estudios ulteriores ponen de relieve la conexión entre los datos y conclusiones de las ciencias histórico-cosmológicas con fenómenos humanos de especial proyección espiritual. Detallaremos con cierta detención estas últimas contribuciones, más directamente interesantes para los aficionados a las «ciencias del espíritu».

Continuando la dimensión ecológica de la evolución, Aragón Mitjans estudia las incidencias del fenómeno evolutivo en el psiquismo y la conducta humana. Carlos Paris se preocupa por trazarnos las líneas básicas de una visión dinámica de los mismos problemas ontológicos: desde la concepción estática y fijista de los griegos hasta la concepción dinámica, ascendente y evolutiva de Teilhard de Chardin, los pasos que ha habido que superar han sido muchos. Importante esta contribución de C. Paris. Arnaldich, Guiu Camps, Armendáriz y Colomer se ocupan conjuntamente de las conexiones entre los fenómenos de la evolución y las bases histórico-bíblicas de la antropología y de la teología católica. Para el profano en estas materias, su lectura resulta realmente decisiva, por la gran luz que arrojan sobre estas cuestiones tan cruciales. Haré un resumen de sus conclusiones: la Biblia no pretende en absoluto darnos una interpretación científica de los orígenes del hombre y de la creación; pretende sólo indicarnos las verdades necesarias para nuestra vida religiosa y nuestra salvación. La «visión» católica de la Biblia ha evolucionado inmensamente desde Galileo: ni siquiera en el tema del número de los protoparentes y en la «esencia» del pecado original nos da la Biblia una solución histórico-científica unívoca y constringente. Hay que salvar la autonomía funcional de todas las ramas del saber humano que se ocupan de estos temas: cuanto más avancen, en sus respectivas dimensiones, el científico y el teólogo hacia el descubrimiento cada vez más plenario de los diferentes ángulos de la verdad, tanto más fácil será el acuerdo entre ambos (sin nada de «concordismos» baratos e inquisitoriales). Tal vez, en la línea trazada por Teilhard de Chardin, pero evitando sus escollos y equívocos múltiples. Rof Carballo delinea después las que pueden ser las líneas básicas del futuro del hombre dentro del movimiento evolutivo, y Crusafont Pairó condensa las conclusiones del libro desde una perspectiva científico-evolutiva.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

VATTUONE, Giuseppe: *L'uomo e la libertà*. Ed. Luigi Pozzi, Roma, 1965.
243 págs.

El autor, conocido por sus investigaciones psicológicas, mantiene la tesis de que la libertad de la conciencia humana viene asegurada por la radical novedad real con que se encuentran las condiciones del pensamiento real en cada generación, hasta el punto de que es históricamente imposible

«copiar la materialidad de otro pensamiento humano», hasta el punto de que el máximo denominador común de la historia humana es la originalidad constitutiva de todo pensamiento humano. Por ello la historia de la Humanidad viene a ser la historia de la libertad del pensamiento humano.

Por ello, antropológicamente hablando, la medida del ser humano es su libertad, cosa que debe tenerse en cuenta en la proyección de la vida humana.

Sin embargo, el hombre es libre también para perder su libertad, no sólo de pensamiento, sino también de su existencia y de su ambiente, pudiéndose romper por ello la continuidad ontológica entre la existencia humana y su razón de ser como ser humano, bien por ocasiones que le tientan desde fuera, bien por degeneración de sus propios estímulos como ser personal.

Todo ser humano, cualquiera que sea su clase social y cualquiera que sea el país en que haya nacido, una vez que haya aceptado su responsabilidad para mantener una posición y una función social tomadas como propias, puede mantener libre su conciencia existencial, bien para superar su posición presente, sea para realizar la función que en conciencia le compete. Ello no empece la existencia de limitaciones vitales propias de toda realidad concreta dado el contorno organizado en que todo individuo se mueve por obra de su esencia individual. Por ello, la proyección más real del ser humano consiste en crearse su propia inmortalidad personal en una trascendencia real libremente asumida.

A. SÁNCHEZ DE LA TORRE.

JOSÉ MARÍA VÁZQUEZ, O. P.: *Realidades socio-religiosas de España*. Editora Nacional. Mundo Científico. Serie Sociología. Madrid, 1967. 325 páginas.

A la absorbente, en sus inicios, Sociología que, por querer comprender todo, a veces no sabía si contenía algo concreto, por lo que recibió la sarcástica crítica de Unamuno, que la llamó «esa quisicosa que disuelve y pulveriza los hechos», ha ido sucediendo un llenado de contenidos de lo más variado, dados por las realidades sociales. La imprecisa sociología y su más impreciso objeto ya no lo son tanto en nuestros días.

Ahora bien, si la Sociología ha de ser tratamiento de los hechos sociales por sus causas y principios, o ha de limitarse al estudio empírico de estadísticas y escalas comparativas de resultados de encuestas y cuestionarios, queda para los polemistas partidarios de la antigua o la nueva Sociología, y algo decimos nosotros a este respecto en este ANUARIO, en la nota bibliográfica sobre *Nueva y vieja Sociología*, de A. Perpiñá Rodríguez.

Nadie puede negar que las realidades religiosas son realidades sociales de la mayor importancia e influencia, y del papel que el «hecho religioso» desempeña en la sociedad y las implicaciones sociales en la práctica y vida religiosa de un pueblo.

Entendemos, pues, con el P. Vázquez que puede muy bien hablarse de